

Un amigo me escribe: "Leyendo una antología de poesía francesa hallé un soneto de Joachim Du Bellay que comienza:

*Nouveau venu, qui cherches Rome en Rome
Et rien de Rome en Rome n'apperçois ...*

Estoy errado o esto es igual al soneto de Quevedo:

*Buscas en Roma a Roma, Oh peregrino!
y en Roma misma a Roma no la hallas ... etc.*

Quién copió a quien? Por la cronología parece que el plagiarlo es Quevedo. Que sabes de esto?"

En verdad nada sabía yo, pero la pregunta despertó un vago recuerdo y consulté el notable libro que escribió y me obsequió gentilmente Andrés Holguín, y en el cual tradujo al castellano muestras de la poesía francesa de todas las épocas. En efecto, allí encontré la traducción de Andrés al soneto de Du Bellay, precedida de una erudita nota y de la observación de que aquella poesía de Du Bellay inspiró la tan conocida de Quevedo.

En la colección Rivadeneira de Clásicos Españoles figura el soneto de Quevedo como original. El editor Sr. Florencio Janer dice en una nota que el poeta se inspiró en la visión de una Roma donde todavía no se habían restaurado los antiguos monumentos, y que la hermosa imagen del Tíber fugitivo se debe probablemente a que el poeta conoció la inundación producida por este río en 1598. Hoy parece evidente que no es así, ya que en el original de Du Bellay quizás la parte más bella es, justamente, el contraste entre lo perdurable de la fugitiva corriente y lo perecedero de las inmóviles murallas. Es bueno recordar aquí que Du Bellay murió en 1560 y Don Francisco de Quevedo y Villagas nació en 1580.

En la edición Aguilar de las obras de Quevedo el soneto a las ruinas de Roma se encuentra, junto con otras poesías, en una sección titulada "Imitaciones de Du Bellay". Una nota del editor nos aclara que el descubrimiento del carácter de imitación de esas obras se debe a Don Rufino J. Cuervo, quien las comentó en la *Revue Hispanique* en 1908.

El Señor Cuervo las llama imitaciones. Hoy, tan celosos como somos de la propiedad literaria, el soneto lo calificaríamos de plagio. Tal vez un término benévolo es el de traducción, con la circunstancia

de que el español omitió declararla como tal. Sin duda pensó que su soneto era mejor que el del francés y entonces se consideró dueño por accesión.

Esto no quita nada a la belleza de la poesía quevediana pero sugiere que la inspiración de Don Francisco fue más retórica que real, en este caso. Su emoción no es de carácter afectivo sino estético y producto de la lectura de Du Bellay, no de la contemplación de las ruinas.

El profesor Jeam Camp, hispanista notable, por desgracia desaparecido no hace mucho, emprendió la traducción al francés de los más célebres sonetos clásicos españoles. Su libro se llama "La Guirlande Espagnole" y allí no falta el soneto de Quevedo a Roma sepultada en sus ruinas. Camp lo vertió de nuevo al francés, no sé si conociendo que el original había sido escrito en esa lengua. Es de pensar que sí, dada la ilustración del Hispanista; pero no lo advierte así en su obra.

Tal vez sea interesante comparar los avatares del soneto —experiencia curiosa para los raros valientes que todavía pretenden traducir la más difícil y perfecta de las formas métricas. Son estos:

SONETO ORIGINAL DE DU BELLAY:

*Nouveau venu, qui cherches Rome en Rome
Et rien de Rome en Rome n'apperçois
Ces vieux palais, ces vieux arcz que tu vois,
Et ces vieux murs, c'est ce que Rome on nomme.*

*Vois quel orgueil, quelle ruine: et comme
Celle qui mist le monde sous ses loix,
Pour donter tout, se donta quelquefois,
Et devint proye au temps, qui tout consomme.*

*Rome de Rome est le seul monument,
Et Rome Rome a vaincu seulement,
Le Tybre seul, qui vers la mer s'enfuit,*

*Reste de Rome, O Mondaine inconstance!
Ce qui est ferme, est par le temps destruit,
Et ce qui fuit, au temps fait resistance.*

SONETO DE QUEVEDO:

A Roma, sepultada en sus ruinas:

*Buscas en Roma a Roma, ¡Oh peregrino!
y en Roma misma a Roma no la hallas:
cadáver son las que ostentó murallas,
y, tumba de sí propio, el Aventino.*

*Yace, donde reinaba, el Palatino;
y limadas del tiempo las medallas,
más se muestran destrozo a las batallas
de las edades, que blasón latino.*

*Sólo el Tibre quedó, cuya corriente,
si ciudad la regó, ya sepultura
la llora con funesto son doliente.*

*¡Oh Roma! en tu grandeza, en tu hermosura
huyó lo que era firme, y solamente
lo fugitivo permanece y dura.*

TRADUCCION DEL PROFESOR CAMP:

A Rome, ensevelie dans ses ruines

*O pèlerin, tu cherches Rome. C'est en vain
Qu'a découvrir Rome dans Rome tu travailles,
Son cadavre est formé de croulantes murailles
Et son propre sépulcre est le Mont Aventin.*

*Des ruines: ici régnait le Palatin.
Mais l'usure du temps a limé les médailles
Qui ne décèlent plus que les rudes entailles
Des longs siècles au lieu du fier blason latin.*

*Tout passe; tout est mort. Seul, demeure le Tibre
Qui l'arrose et l'ensevelit et dont le flot
Au pied des monuments comme une plainte vibre.*

*O Rome! Ta rumeur n'est plus qu'en ce sanglot.
Beauté, grandeur, il n'est plus rien qui te survive
Et, seule, a persisté cette onde fugitive.*

TRADUCCION DE ANDRES HOLGUIN AL
SONETO DE DU BELLAY:

*A Roma en Roma buscas, oh extranjero,
mas ya nada de Roma en Roma existe;
los viejos muros que entre escombros viste
es lo que llama Roma el mundo entero.*

*¡Cuánto orgullo entre ruinas prisionero!
Tú que al mundo tus leyes impusiste,
para vencerlo todo, te venciste,
Y el tiempo te consume en tu brasero.*

†
*Túmulo es Roma a Roma misma alzado.
A Roma sólo Roma ha sojuzgado.
Y, ¡Oh vaivén mundanal!, sólo subsiste*

*de Roma el Tiber que a lo lejos huye.
El tiempo lo que es firme lo destruye
y sólo lo que huye le resiste.*

Qué se puede decir? Desde luego, el premio de originalidad lo merece Du Bellay. La prioridad de los conceptos le pertenece y también de la forma, en gran parte como los expresa. Tiene, además, su soneto, el encanto de una melancolía sincera manifestada con la mayor sencillez en el gracioso francés de su época. Es cierto que el endecasílabo

en esa lengua carece de la sonoridad del correspondiente español o italiano; pero ese fue el metro inicial para el soneto y es natural que lo emplearan los renacentistas inspirados en Dante y en Petrarca. El verso castellano y el toscano se rigen más por los acentos y a eso se debe aquella sonoridad de ciertas líneas que se graban en el oído con mayor persistencia que las inscripciones en el bronce. Quevedo era maestro en producir estos versos y no resistió a la tentación de escribir con las filosóficas ideas de Du Bellay un soneto lapidario donde no hay un verso que no sea sólido y vibrante como el metal, más que el metal de las latinas medallas que el tiempo combatió.

En este segundo cuarteto es donde se aparta únicamente Quevedo de su modelo. Quería una poesía heroica y no moral y nostálgica, y el genio de la lengua le sirvió maravillosamente. Otorguémosle el premio de belleza.

La traducción de Holguín es, como tantas de él, fiel y muy hábil en no omitir ni una idea, casi ni una palabra del original, sin lesionar, hasta donde es posible la elegancia de la forma. La exactitud y la forma son Escila y Caribdis para los traductores de versos. Pocos son quienes no han encallado en el prosaísmo acercándose a la fidelidad o no se han estrellado en una deformación buscando la elegancia. El soneto de Holguín sortea con éxito los dos escollos. Es digno de un premio de navegación.

Qué opinar de la traducción del profesor Camp? Con buen criterio eligió el alejandrino en vez del endecasílabo. Ese metro, con su cesura tan marcada tiene una cadencia que reemplaza en algo la sonoridad del español. Es el preferido de los poetas trágicos y de los sonetistas heroicos. Tiene en su haber versos inolvidables por lo melódicos, de Racine, de Corneille, de Hugo y de Heredia. La valerosa tentativa del profesor tiene aciertos, quizás el mayor es el verso final, la "resonante cola" que reproduce, además, esa sensación de fluidez y de fugacidad con la cual da fin Quevedo a su soneto. Sin embargo, el segundo verso cojea o estoy muy errado, y el décimo cambia la cesura para otra acentuación de alejandrino, que existe a veces en francés, pero que no va bien con el resto ni con el tono del soneto.

El profesor Camp, sin embargo, es acreedor a un premio y es justo otorgarle el de amor a nuestra lengua, que él manejaba como la suya propia.

Finalmente, vale la pena traducir? Si alguien no puede, porque no ha querido, leer poesía francesa, le interesará conocerla en español y se justifica el enorme e ingrato esfuerzo del traductor? Qué queda de una poesía vertida a una lengua ajena, sino las ideas, que estarían más claras y exactas en prosa? Pero entonces el autor habría escrito un discurso, un tratado o una lección sin ceder al numen que le arrastra a la música, a aquella “*musique avant toute chose*” que amaba Verlaine. Y en el mejor de los casos, y hablando de música, es posible, creo transcribir una obra compuesta para flauta al pianoforte o un solo de trompeta al violín, pero es claro que resulta otra cosa, quizás mejor a veces, aunque esto es la excepción y muy ilustres poetas se han ensayado en este género que solo aumenta su gloria cuando al material que adoptan imprimen su genio y el de su idioma. Puede ser el soneto a Roma uno de estos casos, Guillermo Valencia nos presenta otros, Holguín con su maestría y paciencia llegará a este hallazgo. Lo demás es hacer lo que hicieron los bárbaros con las estatuas de Roma: convertirlas en adoquines o en cimientos.